

MI SEMBLANZA DE CARLOS GONZÁLEZ BATISTA

Isaac López.

A mis padres

A Eloísa, Emeranza y Felipe.

Estas palabras las debo, me las debo. En medio del sacudimiento que me causó su partida, del sin sentido de la ausencia de quien nos hará falta a todos.

Conocí a Carlos González Batista por primera vez por referencia de mi madre. Había pasado un joven muy alto en un jeep por La Sabaneta, la pequeña casa de Guaragua - nuestra casa de hatos en Paraguaná-, preguntando por mi padre. Andaba investigando sobre historia y le habían dicho que él podía hablarle de ciertos asuntos. Papá era un hombre de memoria, como también lo había sido mi abuelo, de él lo heredó. No coincidimos en esa oportunidad. Corría 1983 y yo comenzaba a estudiar Historia en Mérida para ser profesor en el liceo de Jadacaquiva, el pueblito donde Olegario Barrera filmó "La Pequeña Revancha".

Nuestro encuentro sucedió en 1985, ya publicada su "Historia de Paraguaná" -gracias a las gestiones del Doctor Douglas Jatten ante la Asamblea Legislativa del Estado Falcón-, y fue en la casa de sus padres en Caja de Agua.

Llegué allí por expreso encargo de Don Mario Spinetti Dini –gran caballero de la Facultad de Humanidades de la ULA y mi querido profesor de Italiano-, quien me envió a buscar esa obra para la biblioteca que se empeñaba en levantar entonces. Fue un encuentro breve y cordial con un muchacho amable, que de entrada parecía marcarme distancia, ese estilo propio de ciertos españoles. Sin embargo, su nobleza era tal que no se paró en dedicarme su libro con una nota que aún hoy me cohibe: "Para Isaac López, quien seguramente escribirá una Historia de Paraguaná mucho mejor". Para el muchachito que yo era, ese fue un gesto de simpatía que me conmovió, y hoy vuelve a hacerlo al evocarlo.

Nacido en La Palma de Gran Canaria, emigró con su familia a Paraguaná tras las bondades del país del petróleo. Su padre tenía un taller en Caja de Agua, y como muchos de los habitantes de ese núcleo urbano que el resto de los paraguaneros y los venezolanos simplificamos con el nombre de Punto Fijo, había tenido "de espaldas" al resto de esa tierra hecha península.

Fue recién graduado en 1976 –en sus propias palabras- cuando comenzó a trillar los caminos de eso que desde Punto Fijo se conoce como los campitos o los pueblitos, con la finalidad de comprender aquella tierra, a fin de que sus puertas se abrieran. Así había llegado a Guaraguaja y saboreado el café de mi mamá, mientras preguntaba por los apellidos de las niñas que le acompañaban, señalando que todos los Garcés de Paraguaná venían del mismo tronco del héroe coriano de Junín y Ayacucho.

En Mérida se desempeñó como preparador de Juan Astorga Anta, profesor de Historia del Arte, Décano de la Facultad de Humanidades, y español de nacimiento como él. Figura severa e imponente que había enfrentado las revueltas estudiantiles de esa época rebelde de finales de los sesenta e inicios de los setenta. Siendo egresado de la Escuela de Historia, Carlos González Batista había concursado para la mención Historia del Arte de la Escuela de Letras, presentando como trabajos de ascenso investigaciones sobre la Casa de Las Ventanas de Hierro y el Balcón de Bolívar. En 1981 se dio la inauguración del Archivo Histórico de Coro, trabajo encomendado por el rector de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Doctor Tulio Arends, que propició su traslado a Coro.

Realizó un destacado trabajo de salvamento, organización y descripción de fondos documentales del Registro Principal que lo hizo *entrar* a esa región de soles, la cual comprendió iba más allá de la cabeza que desde el mapa se asoma al mar. Allí comprendió también que no podía entenderse a Paraguaná sin Coro, pero tampoco a la ciudad sin su ámbito de influencia y relacionamiento. Por eso su interés por las cercanas Antillas, por la Sierra y Casicure. Leyendo horas y horas esos documentos, mirando una y otra vez los detalles de las edificaciones, hablando con orfebres y maestros del barro, se fue haciendo profundamente coriano, hasta consustanciarse amorosamente con la ciudad madre.

En 1986 nos presentamos por primera vez en público con el entusiasta grupo de muchachos paraguaneros que tomó el nombre de Tiquiba para lanzar al viento su irreverencia y crítica. Montamos una pieza de teatro que narraba la historia de una familia de Pueblo Nuevo, trasplantada a Carirubana, en pleno trafago del crecimiento de la industria petrolera. Incorporamos un texto de su “Historia de Paraguaná”. El viejo Papá Cutiche es un fantasma que desde su mecedora nos dice: “El mar la rodea y el viento la sumerge: vertiginosos vientos del noroeste soplando buena parte del año, particularmente fuertes de febrero a mayo. En ese mar lleno de luz y polvo tan vivo como el otro, navegan las palabras de los paraguaneros de siempre. Paraguaná bajo el viento revela su vida gigantesca; despertamos y de buenas a primeras gime, se arremolina, ríe, se ensombrece, calla, vuelve a reír, se ilumina. Esa vida ritma la nuestra, y es más ritmó nuestras vidas para siempre: nos hizo paraguaneros”.

Ese viejo era la Paraguaná auténtica y real que él nombraba en su libro, la Paraguaná de siempre. Buscar las palabras de los paraguaneros, las palabras que navegaban en ese

mar, "tan vivo como el otro", se volvió desde entonces una tarea de vida. Ese viejo Papá Cutiche de la obra "Chuchumbaca" era Ezequiel Hidalgo, Fausto Goitía, Perucho Vargas, José Colina, Fito Primera, Polo Osteicoechea, Felipe Toledo, Antonio Padilla, Juan Galicia... Descubrimos entonces al historiador que sabe debe honrar la palabra y el decir, al historiador que no se queda sólo en la reconstrucción a partir de los testimonios, sino que debe develar los signos, lo que sigue ahí a pesar del tiempo, las claves de una vida que ya no siendo es. A esa búsqueda nos impulsó su trabajo, su escritura, su reflexión. Una marcada influencia de su discurso histórico hay en nosotros.

A partir de la participación en el III Festival de Teatro de Paraguaná, supimos de la mediocridad, la mezquindad y la corta visión que signa mucho de la "actividad cultural" de la península. Por entonces conocimos una anécdota que ronda esos espacios. Ante la convocatoria a un Salón de Arte por las empresas petroleras de la subregión, los pintores llevaron sus cuadros para la selección y premiación. Cuando uno de los jurados llegó, hizo un gesto de desagrado y señaló: "A mi me invitaron a ser jurado de un salón de arte, pero aquí no hay arte." Los pintores se molestaron y bajaron sus cuadros. Hasta allí llegó la colectiva auspiciada por las petroleras. Ese era Carlos González Batista. He escuchado muchas veces esa referencia sobre él entre los pintores de Paraguaná, muchos enfrascados recurrentemente en una pintura paisajista que se alimenta de la nostalgia, en la escenografía repetida y decadente de casita de barro, cerro, chivo y burro.

Realmente nos frecuentamos cuando, siendo estudiante de fin de carrera, decidí trabajar un tiempo y él me consiguió un contrato con un investigador de la isla de Aruba, luego coordinó mi trabajo del censo de los repositorios falconianos para la Fundación POLAR, y después realicé pasantías de Plan II de la ULA en el Archivo Histórico de Coro, como parte de un proyecto que me llevaría a conocer la organización interna de varios archivos del país.

Ahí conocí de su severidad, rigurosidad y hermetismo, de su extraordinaria capacidad de trabajo, de su celo por las intervenciones erradas en el patrimonio arquitectónico de Coro.

Crítico, exigente, y en mucho intolerante e impositor. Pero también: serio, honesto, inteligente, capaz. Me fui de Coro a seguir las obligaciones con la ULA y no se si de haberme quedado se habría cultivado la buena relación que tuvimos a distancia. Fueron los años cuando él –junto a Ana María Reyes, y otros destacados profesionales- elaboraron el dossier que le valió a la ciudad capital ser reconocida como Patrimonio Cultural de la Humanidad. Coro, vista desde el interior como simbolo de atraso, estancamiento y rancia tradición, era valorada y enaltecida por los entendidos del mundo como una arquitectura única y especial.

Antes de su afán y de su amor por Coro, esa palabra –patrimonio- era sólo asociada por los corianos a los bienes monetarios, no a los asuntos de la herencia, el afecto y la

memoria. Su trabajo ayudó a popularizar un sentido de patrimonio, aunque ciertamente restringido a una visión monumentalista.

Desde 1985 Carlos González Batista realizó una de las mayores contribuciones que autor contemporáneo alguno haya hecho a nuestra historiografía. Trabajos como: "Paraguaná. Cambios en el habitat de una región venezolana" junto a Louise Margolies y Graziano Gasparini –de quien posteriormente se distanció-, "En torno a la fundación: Coro y sus santos patronos", "Una ciudad de tierra con su río de arena", "Paraguaná, una hoja de historia" –cuyos textos difundió LAGOVEN en vallas a las entradas a los pueblos de la península, antes de su roce con un funcionario de las petroleras-, "El Arco de la Federación", "Tierras de Falcón. Paraguaná", "Coro, donde empieza Venezuela", "Coro. Historia de su conservación monumental", "Antillas y Tierra Firme", "El Arte caquetío", "Las custodias de la catedral de Coro", "La platería en Coro durante la época española", "La fundación de La Vela y el proceso de fortificación de la costa coriana", "Museo Diocesano de Coro. Lucas Guillermo Castillo", "Cultura y poesía en la Coro española", "Miranda en Coro", "Documentos para la historia de la Antillas Neerlandesas", "La Casa del Poeta", "y "Coro o Venezuela. Historia de la ciudad de Coro", que constituye el estudio histórico del Plan de Conservación y Desarrollo de Coro, La Vela y sus áreas de influencia; son parte de la extensa obra que nos lega.

Cuando escucho tanto lamento y queja de quienes no saben para que sirve el oficio del historiador, vuelvo los ojos a la parte de mi biblioteca que contiene sus libros, pero también a su comparecencia en los medios públicos de Coro señalando atrocidades y desafueros contra el patrimonio desde la seriedad del oficio comprometido con el entorno.

Era Carlos González Batista un crítico constante de las erradas políticas gubernamentales de ayer y de hoy, de la superficialidad en el tratamiento de la historia regional, y de la malquerencia de muchos propietarios hacia esas casonas llenas de historia, por lo cual se ganó la aversión y ataques de personeros y gendarmes regionales y nacionales, quienes lo mismo le advirtieron: "zapatero a tu zapato", para decirle que los historiadores no tenían nada que hacer en materia de patrimonio arquitectónico, que lo llamaron "dinosaurio del patrimonio", en el lenguaje descalificador y agresivo que signa la vida pública venezolana de hoy.

No le tuvo temor a la polémica, no enmascaró su palabra y compromiso de historiador para complacer a los gobernantes de turno. Lo mismo enfrentó en 1989 las advertencias del Presidente de la Junta Nacional de Patrimonio, que en 1996 las críticas del Presidente del Colegio de Arquitectos del Estado Falcón por su posición ante los trabajos de reconstrucción del Arco de la Federación. Lo mismo cuestionó el derrumbamiento de las casas corianas de Juan Garcés y de Juan Crisóstomo Falcón en los años noventa, que la desacertada intervención reciente en el techo de la Casa de las Ventanas de Hierro, que le valió las últimas diatribas con los encargados actuales del patrimonio coriano.

Carlos González Batista fue un mortificado por Coro, un mortificado por un país sin cauce. Sin memoria, sin sentido, sin políticas. Murió de Coro, de Venezuela, el pasado 21 de enero en su casa, cuando se le quedó quieto el corazón. Su texto “Había una vez una ciudad hermosa y despreciada” –de 2010- es el alegato de quien clama en el desierto ante tanto atropello y desmemoria, ante tanto desprecio e ignorancia por la significación de Coro. Digo con él: “El patrimonio urbano de esta ciudad es un recurso extraordinario que la ignorancia y la dejadez han convertido en una carga, carga que ningún político ha querido asumir con franqueza y decisión. Otras ciudades del caribe han reconocido el valor del patrimonio para el arraigo y la identidad de sus moradores, pero también lo han sabido utilizar para su desarrollo económico. Así lo han entendido ciudades como La Habana, Santo Domingo, Cartagena de Indias, San Juan de Puerto Rico, o sin ir más lejos, Willemstad en Curazao, ciudad esta última que tenemos literalmente en las narices, frente a nosotros, porque ellas si pudieron y Coro no, ¡que vergüenza!...”

Me sacudió la noticia de su enfermedad, y unos días después la de su muerte. Lo admiro, estimo y valoro. Para mí es una pérdida en lo personal, en lo profesional, en lo ciudadano. Un ejemplo de ser historiador. En la revista Tiempo y Espacio (Caracas, 2009) y en el libro Opciones Historiográficas (Mérida, 2010) la constancia de mi aprecio por quien realizó la primera historia de Paraguaná.

Antes de él sólo semblanzas, crónicas y anecdotario, él concibió una historia de la península como proceso, con utilización amplia de fuentes, análisis y reflexión, eso que hacen los historiadores profesionales.

Carlos González Batista me enseñó mucho y hoy puedo decir que fue un maestro a la distancia: la necesidad de salvar los documentos de Paraguaná y los centros históricos de nuestros pueblos y no sólo las iglesias; su visión sobre la comprensión de una historia de Paraguaná sin separaciones artificiales de Coro; entender el problema de la evolución de la propiedad territorial como eje fundamental en el devenir peninsular; la urgencia por la sensibilización en el salvamento de las casas de hatos, como primigenia organización colonial de la subregión; el entendimiento esencial de la relación de las islas cercanas y la península...

Su obra lo convierte en una referencia ineludible a la hora de tratar a Paraguaná. Con su partida se va alguien que hizo aportes principales para comprendernos y entendernos. El no siempre fue entendido, querido, apreciado y estimado, y creo que no le hizo falta, creo que contaba con los suyos y con unos pocos buenos amigos, los que lo acompañaron hasta el final.

No se si estas letras lograrán expresar mi profundo pesar, mi tristeza y desolación. Hemos perdido todos. La última vez que conversamos fue en agosto del año pasado. Me habló del derrumbamiento de la última ventana colonial de Pueblo Nuevo, de las atrocidades contra el centro de la localidad a pesar de tener un alcalde Arquitecto, y en

especial lo realizado por CORPOTULIPA en la Casa de Piedra. "Ellos que deberían dar el ejemplo, pervierten el centro del pueblo con ese adefesio. Así se lo dije al arquitecto o ingeniero que me atendió. Mucho más decente y caballero el carnicero dueño de la casa donde estaba la ventana, que me dijo que él no sabía nada de eso, que había tratado de salvar la forma tradicional de la casa..."

Cuando le llevé mi trabajo de tesis de grado –en 1995-, donde valoro sus aportes y cuestiono su afectación por el discurso de heroicidad de Coro, me dijo que no dejaba yo titere con cabeza. Pero no se molestó conmigo aún cuando volví a criticarlo hace poco por su asesoría a un nefasto material publicado por el diario Nuevo Día sobre Josefa Camejo.

Sus dedicatorias generosas en sus libros han sido para mi aliciente y compromiso en el camino que he transitado como historiador: "A un excepcional coriano de Paraguaná, a mi amigo y colega Isaac López, esperando sepa excusar los errores y precipitaciones del texto", y "A Isaac, instrumento de la esencia vital de esta tierra, con el afecto...". Ojalá algún día llegue a merecerlas.

En un país cansado de sí mismo, ciego ante el abismo de su propia locura, sin alma y sin espíritu para enfrentar los retos que suponen un mañana mejor, un país que prefiere la superficialidad a la hondura, la máscara a la transparencia, la ordinariez a la elegancia, el bochinche a la dedicación y el esfuerzo, sordo ante la inteligencia y la luz de quienes pueden iluminarle el camino, no quiero creer que su trabajo y su hacer se van sin dejar huella. Quiero creer que nosotros los corianos sabremos entenderle a pesar de las diferencias. Que sabremos devolverle a Coro el ser y la razón que nos ha dado, así vivamos en Cabure, Tocopero, Pedregal, Chichirivichi o Moruy.

Gracias Profesor, profundamente gracias. Desde los más caros sentimientos inculcados en mi casa. Gracias, por su ejemplo, constancia y querencia por nuestra tierra. Coro somos todos, y todos somos deudores de usted.